1639

FELIPE PÉREZ CAPO

LA CANARIERA

ENTREMÉS

DOS PESETAS

EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6.—MADRID

19

FELIPE PÉREZ CAPO

LA CANARIERA

ENTREMÉS

EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6. — MADRID

PERSONAJES

ROSALÍA

RUFINO

IMPORTANTE. — Por la representación de este entremés se pagará la mitad de los derechos fijados para una comedia en un acto.

Tipografía Artística, Cervantes, 28-Madrid

Gabinete modesto, pero de buen gusto. — Una ventana al fondo. — Puertas laterales. — Una mesita-centro, y sobre ella una macetita con una planta. — Es de día.

Al levantarse el telón, la escena sola. — En seguida se oye dentro el sonido de un timbre, tocado con violencia. Inmediatamente la voz de Rosalía, que dice: «¡No!... ¡No quiero nada!... Bueno, pues sí quiero. ¡Quiero que me dejes en paz!...» — Se abre violentamente la puerta de la izquierda (del actor), y aparece Rosalía en traje de calle, con sombrilla y guantes.

ROSALÍA. — ¡Ni uno! ¡Ni por equivocación!

Se quita los guantes nerviosamente y los tira sobre una silla.

¡Es desesperante! ¡Esto no le sucede a ninguna mujer más que a mí! Salir a la calle, cruzar medio Madrid y volver a casa sin que me haya seguido nadie, sin que nadie me haya dicho el menor piropo. ¡Esto se cuenta y no se cree! Delante de mí iba esta mañana una modistilla delgaducha, bastante poco garbosa la pobrecita. Pues un torero que había frente a la puerta del Inglés, se la acerca y la dice: «Estreyitas der sielo que osté me pidiese, estreyitas der sielo que un servior subiría a buscarlas y se las presentaría en bandeja de plata. ¡Olé, contoneo de reina! Por osté sería yo capaz hasta de... hasta de dejarme cortar la coleta». En seguida paso, casi rozando al maleta en cuestión, y nada. Como si yo fuese un toro de Miura.

673234

¡Me miró con un respeto! . . . Y no es que yo haya pensado nunca en casarme con un torero. ¡Pero estoy tan falta de piropos, que, eso sí, piropearme, se lo permitiría hasta al *Escarabajo chico*, pongo por maleta! Señor, ¿qué tendré yo? Salgo a la calle con la criada, y de pronto observo que nos sigue un sujeto. «¡Por fin. . . por fin se ha decidido uno! — me digo para mis adentros, loca de alegría — . ¡Éste me pide! ¡Seguramente que me pide!» Y, en efecto, al llegar al portal de casa el sujeto se acerca, y me pide. . . me pide que deje bajar a la criada todas las tardes para que pelen la pava. ¡A mí no me sigue nadie! En fin, yo tengo la seguridad de que un día me volvería loca, cometería varios crímenes, mataría en la calle a tres o cuatro transeuntes, en seguida echaría a correr ¡y no me seguirían ni los guardias!

Pausa.

Uno que se casaría conmigo sería mi primo Rafael. Bueno; pues ese me ha confesado que yo no le disgusto, que mis ojos le hacen tilín, pero no se casa conmigo, por primo. Dice que le preocupa esa leyenda de que los hijos de los primos nacen raquíticos y defectuosos. ¡En qué cosas se suelen parar algunos hombres! Yo, con tal de casarme, no me preocuparía de nada. Sí, señor: yo me casaría con mi primo, aunque los niños que tuviéramos fuesen como de barraca de feria.

Pausa.

Yo hablo, hablo, digo que nadie me pretende, y miento. ¡Tengo un pretendiente, un hombre decidido a casarse conmigo! ¡Pero esto es un sarcas-

mo de la Providencia! Cuando no encuentro un hombre de mi edad y de mis condiciones, cuando no encuentro un hombre en la plenitud de la vida, me pretende un vejestorio, que seguramente podría ser mi abuelo. ¡Y que no le falta nada al *angelito!* . . . Le faltan los dientes, le falta el pelo, le falta un ojo, le faltan tres dedos de la mano derecha y le falta la pierna izquierda, que perdió cuando la Revolución. Todos los días me dice lo mismo: «Rosalía, ¿tú buscas un hombre? ¡Pues descansa, que aquí me tienes a mí!» Y yo le contesto siempre: «¡Pero si usted, por lo que le falta, ya no es un hombre! ¡Usted es un fragmento!»

Pausa.

A pesar de mis burlas y de mis desvíos, él no desmaya; él, terne que terne. Todos los días me escribe versos, todos los días me manda regalitos.

Se fija en la macetita.

¿No dije?. . . Esa macetita es cosa suya. La habrá traído durante mi ausencia. Aquí hay una postal. ¡Justo!

Lee.

«Pon esa planta con tantas
como tienes y prefieres,
y cuando menos lo esperes
caigo rendido a tus plantas.»

¡Qué monada! . . . ¡Vamos, si yo no sé cómo tengo paciencia! . . . ¡Y no la tengo! La postal, hecha trizas.

La rompe.

La macetita, al arroyo.

La tira por la ventana.

¡En paz!

Una voz de hombre, dentro: «¡Animal! ¡Bárbaro! ¡A ver, que se asome el sinvergüenza que ha tirado el tiesto!»

¡Santa María de las Angustias, qué mala sombra! Se conoce que le he dado a alguien que pasaba por la calle. ¡No, si yo tengo la negra! ¡Por esa calle no pasa nunca un alma, ¡y mire usted qué maldita casualidad!

Suena dentro el timbre con gran violencia.

¡Esto es a prenderme!... ¡Claro, si ha sido una locura! ¡Es que ese maldito vejestorio me hace que pierda la razón!

La voz de antes, ya dentro de la casa: «¡Que yo paso! ¡Que esto no se queda así! ¡Pues no faltaría más!»

¡Ay, respiro!... Ese es el que ha recibido la macetita. Menos mal que no lo he matado.

Sale Rufino. Hombre joven; viste de levita, botas de charol; todo impecable. Trae en la mano un sombrero de copa apabullado.

RUFINO. — Señora...

Gesto de Rosalía.

Señorita... ¡Bueno, lo que sea! ¿Dónde está ese canalla?... ¡Ese canalla, que ha cometido la cobardía de tirarme un tiesto, cuando yo pasaba por debajo de esa ventana!

ROSALÍA. — ¡Ay, caballero! Yo creo que usted se ha confundido..

RUFINO. — ¡Yo qué me voy a confundir, señora!

Gesto de Rosalía.

Señorita... ¡Bueno, lo que sea! Yo qué me voy a confundir, si lo he recibido, ¡plaf!, sobre la mismísima copa. Y gracias a que en aquel momento no he tenido que saludar a nadie; que si no, se me queda injerto el geranio en el cuero cabelludo.

ROSALÍA. — ¡Las cosas de los chicos!...

RUFINO. — ¿Ve usted?... ¿De modo que ha sido un angelito?

ROSALÍA. — ¡Es claro! Pues, ¿quién podía usted pensar que hiciera un disparate semejante? Perdónele usted. Después de todo, el perjuicio material no es mucho, y yo, en representación del angelito, estoy dispuesta a repararlo. ¿En cuánto... en cuánto tasa usted *la canariera?*

RUFINO. — ¡Se...!

ROSALÍA. — Señorita.

RUFINO. — Señorita, ¡esto no tiene precio!

ROSALÍA. — ¡Por Dios, usted no está en la realidad! Yo le pregunto por el sombrero, y usted me responde por la cabeza.

RUFINO. — ¡Pues mire usted lo que son las cosas! Quizá... quizá hubiera sido menos conflicto la cabeza. A usted, señorita, ¿no le sugiere nada la indumentaria con que me he presentado aquí? ¿Dónde cree usted que puede ir un hombre con esta ropita?

ROSALÍA. — A un duelo.

RUFINO. — A una boda.

ROSALÍA. — ¡Es lo mismo! ¿En calidad de comparsa?

RUFINO. — En calidad de protagonista.

Sin darle importancia.

ROSALÍA. — Le felicito.

Con mucha menos importancia.

RUFINO. — Muchas gracias.

ROSALÍA. — ¿Ve usted?... Ahora me explico yo su contrariedad. Realmente, la travesura de mi sobrinito no ha podido ser más inoportuna.

RUFINO. — Sí, señorita. ¿Y sabe usted lo que yo siento? Que al ver mi tardanza, mi prometida, su familia, mi tío Nicanor y los invitados, puedan imaginarse que esto ha sido un pretexto.

ROSALÍA. — Por lo visto, no tienen mucha confianza en usted...

RUFINO. — Verá usted... Como se trata de una boda... de una boda... no doy con la expresión. ¡Una boda de conveniencia!... Son las cosas de mi tío Nicanor.

ROSALÍA. — Vamos, que se va usted a casar a la fuerza.

RUFINO. — A la fuerza precisamente, no, pero con un entusiasmo muy relativo. Hace tres meses que terminé mi carrera, y el tío Nicanor, que es un hombre ordenado como pocos, me dijo: «Ahora, querido sobrino, hay que sentar la cabeza y hay que instalarse muy bien». «Pero, tío — le argumenté —, si yo no tengo dos pesetas». Y a esto

me respondió: «Dos pesetas, seguidas de cinco ceros, las tiene ella. ¡Cuarenta mil duretes!»

ROSALÍA. — Vuelvo a felicitarle... por la tasación.

RUFINO. — Ella es una vecina de mi tío, en la que yo no me había fijado nunca.

ROSALÍA. — Será una monada...

RUFINO. — Se llama Radegunda... y lo más bonito que tiene es el nombre. Yo, la verdad, no sabía qué decirle a mi tío Nicanor... «Verá usted, tío... Yo lo pensaré... Más adelante...» Y él, hecho uno verdadera furia, me replicaba: «¡Eso es: pierde la oportunidad!... Una oportunidad tan poco corriente... ¿Tú ignoras que a Radegunda la pretenden otros cuantos sinvergüenzas que van al olor del dinero?»

ROSALÍA. — ¡Cuando hay *pasta*, se aguza el oído y se entornan los ojos!

RUFINO. — No; pero si el caso es que a Radegunda la pretenden sin saber que tiene ese dinero. Radegunda, sin ser Venus precisamente, tiene una gracia particular. Cuando sale a la calle, raro es el día que no la siguen dos o tres Tenorios.

ROSALÍA. — ¡Bah! Eso nos pasa a todas. ¡Hay tanta gente que no tiene nada que hacer!

RUFINO. — Bueno; pero comprendo que se le digan chicoleos a una mujer guapa, como... ¿Como quién le diría yo?

ROSALÍA. — ¿De las que viven, o de las que están en la Historia?

RUFINO. — De las que viven... en esta casa.

ROSALÍA. — ¡Ay, qué gracioso! Pero, ¿eso lo dice usted por mí?

RUFINO. — ¡Por usted, sí, señora! . . . Yo comprendo que se vuelva loco un hombre por una mujer que le. . . que le. . . que lo. . . que lo. . . ¡Nada, que no sirvo yo para decir piropos!

ROSALÍA. — ¡Pero, hombre, una cosa tan fácil!. . .

Aparte.

¡Dios mío, ni éste que ya empezaba!

RUFINO. — (Vamos, que yo no me voy sin decirla a esta mujer lo del jardinero.)

Alto.

Señorita. . .

ROSALÍA. — ¿Qué se le ocurre a usted?

RUFINO. — (Ahora.)

Alto.

Si usted fuese rosa y yo jardinero. . . y yo jardinero. . .

Aparte.

¡Nada!

ROSALÍA. — Y usted jardinero. . .

RUFINO. — Y usted rosa y yo jardinero. . .

Aparte.

¡Qué torpeza!

ROSALÍA. — Y usted jardinero. . .

RUFINO. — La cogía a usted. . .

ROSALÍA. — ¡Jesús!

RUFINO. — ¿Verdad que es un disparate?

ROSALÍA. — Según lo que siga.

RUFINO. — Lo que sigue lo sé; pero. . . ¡pero no me sale!

ROSALÍA. — ¡Es usted como para freir la sangre! ¡Aprenda usted, so pelmazo!

Como si piropease a otra persona.

Si usted fuese rosa y yo jardinero, la cogía a usted, aunque me llegasen al corazón las espinas.

RUFINO. — ¡Justo!

ROSALÍA. — *Colección de piropos.* Página treinta y cuatro.

RUFINO. — Conozco el librito. Lo compré un día, y ensayé con la doncella de casa. Mire usted qué fenómeno... A la doncella, de mentirijillas, se los decía todos sin pararme; y luego, ya en serio, a Radegunda ¡ni jota!

ROSALÍA. — Es claro... Con aquella cara que debe de tener la infeliz...

RUFINO. — Con aquella cara la piropean otros. Es una cosa particular mía. Bueno; pero cuando se trata de una mujer bonita, acabo diciéndole el piropo, con la condición de que yo lo haya ensayado antes con la doncella de casa.

ROSALÍA. — ¡Ay, hijo! Ensaya usted más que un cómico sordo.

RUFINO. — ¡Bendita sea esa boca! Tiene usted la sal a puñados. El día que la bautizaron a usted, se gastó el padrino siete mil pesetas nada más que de sal.

ROSALÍA. — ¡Hola! Éste ya lo ha dicho usted de corrido.

RUFINO. — ¡Naturalmente! Porque esa cara no es la cara de Radegunda, y porque lo he ensayado esta tarde con la doncella.

ROSALÍA. — Ensayo general.

RUFINO. — Sin embargo, creo que por excepción, tratándose de una criatura tan encantadora como usted, acabaría yo diciendo piropos y piropos, sin tomarlos de ningún librito y sin ensayarlos antes. Irían brotando todos espontáneamente de lo más profundo de mi corazón.

ROSALÍA. — Pero, diga usted, ¿y la boda?

RUFINO. — La boda, cuando usted quiera.

ROSALÍA. — ¿Qué dice?

RUFINO. — ¡Ay, calle usted! Si es que ya no me acordaba de Radegunda. Estará nerviosa, extrañando mi tardanza. Señorita, ¿a usted qué le parece que haga?

ROSALÍA. — ¡Ay, hijo, eso no se pregunta!

RUFINO. — ¿Le parece a usted que debo sacrificar mi existencia ante el criterio de mi tío Nicanor?

ROSALÍA. — A mí no me parece nada.

RUFINO. — Si usted pudiera facilitarme un sombrero de algún pariente. . .

ROSALÍA. — ¡Ah! Pero, ¿es que va usted a ir?. . .

RUFINO. — ¿Y qué quiere usted que haga?

ROSALÍA. — ¡Yo no quiero nada, señor!

RUFINO. — Con otro sombrero, doy por terminado el incidente.

ROSALÍA. — Eso es. Canariera por canariera. ¿De modo que un sombrero de un pariente mío? . . .

RUFINO. — Sí. Aunque no sea de mi medida. Lo llevaré en la mano. Pero no es lo mismo llevar un sombrero que llevar un acordeón.

ROSALÍA. — Comprendido. ¡Ay, qué tontas somos las mujeres!

RUFINO. — Señorita. . .

ROSALÍA. — ¡Y qué egoístas!

RUFINO. — Señorita. . .

ROSALÍA. — ¡Y qué perversas!

RUFINO. — Verá usted. . .

ROSALÍA. — Voy por el sombrerito, para que le bendigan a usted. ¡De buena se ha librado Radegunda! ¡De buena!

Vase.

RUFINO. — ¡Vamos, esto es la locura! Poco animado iba yo a la boda; pero el contratiempo del sombrerito me ha puesto en una situación que se la doy al más pintado. ¿Por qué le habré dicho a esta muchacha que iba a casarme con la otra? ¿Y cómo no me caso con la otra, si la he conocido antes que a esta muchacha? Y si me caso con la otra, teniendo siempre el recuerdo de ésta. . . y comparo. . . y. . . ¡Nada, nada, que esto es la guilladura padre!

Sale Rosalía. Trae oculto en la espalda un sombrero de niño.

ROSALÍA. — Señor don. . . señor don. . .

RUFINO. — Rufino Carratalá.

ROSALÍA. — Pues, señor don Rufino. . . aquí tiene usted. . .

Enseñándole el sombrerito.

RUFINO. — Muchísimas grácias. ¡Recaracoles! Y usted perdone el *re*. Pero, ¿qué me da usted?

ROSALÍA. — Un sombrero de un pariente mío.

De mi sobrinito. Lo único que he encontrado.

RUFINO. — Señorita... señorita...

ROSALÍA. — Rosalía Manzanares.

RUFINO. — Pues, señorita Rosalía, sepa usted que la Providencia, en forma de tiesto, ha venido a salvarme. Y no intento que me diga usted más: que al buen entendedor con media palabra basta.

ROSALÍA. — Pero, ¿qué va usted a hacer con Radegunda?

RUFINO. — Verá usted... Mi tío, realmente, es el que tiene interés en este asunto. Mi tío es hombre de negocios, y siempre anda con cheques, con letras, con negociaciones y con endosos. Radegunda no pierde nada con esto. ¡Se la endoso a mi tío! ¿Qué le parece a usted?

ROSALÍA. — ¡Qué sé yo! Puede que la proteste.

RUFINO. — ¡Allá ellos! Nosotros nos desentendemos de la operación, y desde mañana, con calma, haremos los preparativos para la otra boda. Saldremos por ahí y buscaremos una jaula.

ROSALÍA. — Una jaula para los dos y una *canariera* para usted.

RUFINO. — ¡Bendita sea la... la... la...! ¡Anda, que no me sale!

ROSALÍA. — Ya no me importa. ¡Ah! Para cuando nos casemos, ¡he decidido no tener doncella! Se han suprimido los ensayos.

RUFINO. — ¡Justo! Las palabras sobran cuando el corazón interviene.

La abraza.

ROSALÍA. — ¿Qué hace usted?

RUFINO. — Dejar al corazón que intervenga. ¡Estoy loco de alegría! ¡Loco! Perdona, Radegunda.

ROSALÍA. — Al verle de esta manera,
también yo siento alegría.
RUFINO. — ¡Ya soy feliz, Rosalía,
gracias a *la canariera!*

Telón.

FIN DEL ENTREMÉS

DEL MISMO AUTOR

—

EL HOMBRE DEL DÍA

COMEDIA EN DOS ACTOS

—

SEGUNDA EDICIÓN